

# Vencer es evitar el conflicto

ANTONI PUIGVERD – LA VANGUARDIA – 30/01/2006

La condición humana tiende a la ambigüedad, a la síntesis de contrarios: cuerpo y alma, sueño y realidad, razón y sentimientos. Consiguientemente, en política, como en otros ámbitos de la existencia, la ambigüedad no debería ser observada como un defecto. La ambigüedad política es una inteligente manera de encontrar un terreno común para acomodar las posiciones opuestas. Sin la virtud equilibradora de la ambigüedad, los antagonismos tienden a la confrontación. Las sociedades catalana y española son visiblemente ambiguas: por su mezclada tradición económica y social, pero también por su variedad de lenguas, tradiciones y emociones identitarias.

Siempre que en la historia de la España y la Catalunya contemporáneas los políticos han intentado *purificar* esa ambigüedad constitutiva, las cosas han ido mal: se ha recrudecido la tensión, han peligrado los puentes, se han excitado los ánimos, se ha puesto en peligro la convivencia, el comercio, el equilibrio, el bienestar. La pretensión de homogeneizar nuestras abigarradas realidades ha fracasado siempre. Las carnes de la realidad siempre se resisten a los vestidos ideológicos o nacionales excesivamente ceñidos.

Durante siglos, muchos visionarios (hijos, quizás, del puritanismo inquisitorial) han procurado que España se adaptara, como la arcilla en las manos del artesano, al modelo francés que ideó el absolutista Luis XIV y que, tras cambiar de clase dirigente, sublimó la Revolución Francesa. Con frecuencia han recurrido a las armas, a la feroz represión. El último de los perseguidores de la homogeneidad identitaria y cultural española ha sido el presidente Aznar. Usó, ciertamente, los legítimos mecanismos que le otorgaba el poder democrático y constitucional, pero fue de tal intensidad la tensión uniformadora que ensayó en sus años de mayoría absoluta que se convirtió (con la insensata y criminal colaboración del nacionalismo vasco armado, que le ofrecía argumentos a raudales) en el responsable político de la radicalización catalana de los últimos años.

Con menor fuerza histórica, pero no con menor obsesión homogeneizadora, también el nacionalismo catalán se empeña en reducir y simplificar la complejísima Catalunya real hasta adaptarla al sueño de una Catalunya supuestamente ideal. Si Jordi Pujol, maestro de ambigüedades, supo cultivar el sueño de la Catalunya ideal sin abandonar nunca la real, la generación que lo sustituyó hace unos pocos años, muy alejada ya de los riesgos históricos que estos empeños convocan, creyó posible sustituir lo real por lo ideal. De repente, mediante un giro muy pronunciado, la nueva generación nacionalista ha aceptado los límites de la realidad y, sin necesidad de abandonar sus legítimos ideales, asume que la realidad puede ser matizada, incluso cambiada: pero no anulada.

Los que de momento se mantienen en posiciones puritanas (PP, ERC) todavía afirman que el pacto es un acto de sumisión a la visión nacional antagónica. Y sin embargo, Artur Mas ha revelado algo muy importante en sus declaraciones. Ha dicho que acepta los recortes al Estatut votado en Barcelona para "conectar" con su electorado. He ahí una percepción de Catalunya muy distinta de la que el nacionalismo había defendido en los últimos tiempos. Mas (como sin duda Carod-Rovira) percibe que una gran parte de la ciudadanía catalana quiere entenderse con España, incluso cuando cierta España muestra su perfil más intemperante. Y en efecto, los estudios sociológicos revelan, desde los años setenta, que una gran mayoría de catalanes compatibiliza el doble sentimiento de pertenencia. En este sentido, lo más interesante del nuevo Estatut pactado entre CiU y Zapatero es precisamente lo que muchos consideran decepcionante: el lugar que ocupa el término *nación*. En el preámbulo pactado se precisa que los catalanes, representados por la gran mayoría de sus parlamentarios, han definido Catalunya como nación; seguidamente, el eufemismo *nacionalidad* es descrito como "expresión de la realidad nacional catalana". Convertidos en sinónimos, ambos conceptos describen ahora con más claridad su sentido, aunque la prudente ambigüedad expresiva los mantiene formalmente compatibles con las afirmaciones que en la Constitución se hacen sobre la nación española.

Esta ambigüedad expresiva es interesante en sí misma: es una fórmula que permite compatibilizar dos ideas antagónicas (el aceite de una nación con el agua de otra); que ha encontrado una salida amable al laberinto de los sentimientos. Aunque tiene más virtudes: expresa con naturalidad el doble sentido de pertenencia de los catalanes; y va a permitir que, en el trámite parlamentario, el Congreso de los Diputados reconozca en votación que el sentimiento nacional catalán no es algo extraño, sino un elemento consustancial de la realidad española. El Estatut pactado va a ser un buen vestido, porque no aprieta en demasía ni las sensibilidades españolistas ni las catalanistas. Y porque permite realzar ambos cuerpos, el de Catalunya y el de España, sin que produzca la impresión de que una de ellas se ha impuesto desmesuradamente a la otra. Como dijo un lúcido, aunque olvidado militar, la única manera de vencer en una guerra es evitarla. Afortunadamente, no estábamos en guerra. Si este pacto, que en teoría permite la inclusión de ERC y PP, finalmente se convierte en ley, la tempestad dejará paso a la calma. Y la calma, al trabajo. Que ya va siendo hora.